

Seguimos empujando la curva de contagios

Durante la semana han continuado incrementándose los espirituanos infectados en la provincia por el nuevo coronavirus. Elevadas tasas de incidencia de casos confirmados en los ocho municipios

Dayamis Sotolongo Rojas

No hemos logrado aplanar la curva de contagios, no por ahora; más bien hemos venido empujándola y empujándola desde hace varias jornadas. El transcurso de esta semana tampoco ha marcado diferencia alguna, a no ser por los dos picos extremos de más de 200 casos positivos al SARS-CoV-2 —como sucedió el pasado domingo y el lunes—; el resto de los días las cifras de contagiados continúan sobrepasando el centenar.

Que desde el pasado domingo y hasta este viernes se registren en la provincia 1 058 personas infectadas por el nuevo coronavirus es como para alarmarse y como para comprender, si eso fuera posible de una vez por todas, que la transmisión que padecemos a causa de este cuarto rebrote de la enfermedad es exponencial.

Sobre todo en el municipio cabecera, donde en ese lapso se computan 609 enfermos, dispersos por sus cuatro puntos cardinales y en el que existen, como si fuera

poco, más de 300 controles de foco activos y tres eventos de transmisión local abiertos.

Pero si la capital provincial lleva la voz cantante, tampoco es que los demás territorios se hayan quedado muy rezagados. Lamentablemente, los infectados, la dispersión y las complejidades se multiplican por todos lados. Y las estadísticas son reveladoras: Cabaiguán —entre el domingo y el viernes— notificó 124 pacientes; Jatibonico, 99; Taguasco, 87; Yaguajay, 56; Trinidad, 37; Fomento, 32 y La Sierpe, 14.

Lo otro que evidencia la complicación epidemiológica de la provincia es la tasa de incidencia de casos confirmados en la última quincena: 610.41 con 2 825 diagnosticados. Mas, no podemos pasar por alto otro indicador que revela la misma gravedad: en todos los municipios espirituanos las tasas superan los 100 por 100 000 habitantes.

Si algo favorable se ha mostrado durante la semana es la disminución de los confirmados sin fuente de infección precisada: solo 11, lo cual

debe delimitar cadenas de contagios con todos y cada uno de sus eslabones, pues la mayoría de los enfermos son contactos de casos diagnosticados con anterioridad. Y como peculiaridad se observa en estos días el incremento de los importados: una decena, comportamiento que ya se había venido haciendo inusual en los últimos tiempos.

El saldo más lamentable de estas jornadas ha sido el reporte de siete espirituanos fallecidos a causa de la COVID-19 —según el parte oficial del Ministerio de Salud Pública— en estos cinco días, lo que confirma también que las nuevas variantes que circulan desencadenan estadios más graves de la enfermedad.

Ante tal panorama complejo, que parece no ceder tanto como quisiéramos, el Grupo Temporal de Trabajo en la provincia ha reforzado no pocas disposiciones para intentar contener la propagación de la epidemia en todos los municipios. Las medidas están y no son únicamente para ser dictadas; sino, sobre todo, para cumplirlas.



La provincia intensifica las medidas para atenuar los contagios, pero aún las cifras permanecen elevadas. /Foto: Oscar Alfonso

Aunque tengas miedo, hay que hacerlo

Lester Cabrera Chávez, el enfermero espirituario que atravesó el Atlántico para combatir la epidemia y salió ileso, allá en Italia, acaba de morir en Sancti Spiritus librando la misma guerra

Todavía me parece tenerlo delante: los ojos avivándosele por encima del nasobuco mientras narraba las peripecias de los médicos cubanos durante aquellos días en Turín, la piel que se le ponía de gallina con tan solo mencionar a sus pequeños hijos gemelos y el orgullo que no podía disimular cuando contaba que ni en aquella ciudad italiana —adonde llegó como parte de la Brigada Henry Reeve para enfrentar la pandemia de la COVID-19— ni en la ambulancia del Sistema Integrado de Urgencias Médicas (SIUM) —donde laboraba— se le había muerto un paciente.

Lester Cabrera Chávez era no solo el enfermero del SIUM, el experto en cuidados intensivos, el licenciado en Enfermería con más de dos décadas de experiencia; era, además, el hombre de estatura baja, pero con una talla extra de solidaridad.

“Nosotros somos guerreros de la salud y, aunque tengas miedo, hay que hacerlo. Lo que hay que tener mucha preocupación, porque dejamos en casa a la familia, los hijos y siempre te cae esa cosita en el pecho de que la familia es lo primero, por eso te cuidas y te preservas”, me confesaría.

No podía quedarse de brazos cruzados. Por eso, y por esa vocación humanista casi genética, iría meses más tarde a enfrentar la pandemia en la República Bolivariana de Venezuela. De regreso a la isla continuaría de cara a los riesgos todos, porque como él mismo dijera durante aquella conversación periodística, “lo único que yo sé hacer es salvar vidas y lo seguiré haciendo”.

Y lo dejé suspendido entonces en el abrazo y los besos de sus pequeños hijos y en las fotos de su perfil de Facebook que compartían la felicidad de su boda y en la adrenalina de la

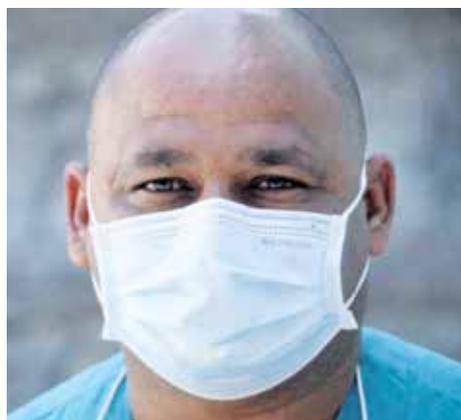


Foto: Facebook

ambulancia donde se montaba a deshora para intentar salvar a cualquier paciente.

Hasta el día que lo supe en una sala de hospital contagiado con la COVID-19. Pero una enfermedad no podía doblegar a ese hombre cuarentón; quien había devuelto la vida a tanta gente no podía morir a causa de la misma pandemia contra la que tanto había luchado. Mas, lo hizo.

La noticia al filo del mediodía de este miércoles nubló el pecho de familiares, amigos, compañeros de trabajo... Y yo, que le descubrí la nobleza y el humanismo de aquel hombre, solo pude recordar lo que me contó: “El árbol de la vida fue una idea de los cubanos. En Turín, afuera del hospital, sembramos un árbol y cada paciente que se iba ponía una cinta blanca, eso fue maravilloso. Negra no hubo ninguna cinta, pues era si había algún fallecido”. Y, justamente hoy, esa cinta negra se ha prendido por él en el corazón de no pocos espirituanos. (D. S. R.)

Cachán, el don de asegurar hasta la sonrisa

Se había resistido muchísimo, quizás, porque sabía de sobra que aquel podía ser un camino sin retorno. Una vida entera lidiando con tubos endotraqueales, ventiladores artificiales, carros de paro, gravedades... en la sala de Terapia Intensiva del Hospital General Provincial Camilo Cienfuegos le hacían comprender a Cachán —o a Manuel Antonio Cepeda Rodríguez, como se nombraba solo en el Carné de Identidad— que la existencia irónicamente a veces te planta un jaque mate.

En aquel momento Cachán, que en su condición de enfermero le había visto el rostro a la muerte muchas veces con los pacientes, ya se había contagiado con la COVID-19, después de varias jornadas de tratamiento y de persistencia de él, y también de la enfermedad, había resultado negativo al PCR; mas, el virus le dejaba unas complicaciones que le imposibilitaban egresar. Para ese entonces pasó de la Zona Roja a su propia sala de Terapia Intensiva; pasó de ser el enfermero que velaba por el más mínimo de los equipos para convertirse en otro de los pacientes a asistir.

Parada delante de él aquel día la doctora Mayelín Durán Romero, especialista de segundo grado en Terapia Intensiva y de primer grado en Medicina Interna, la compañera de trabajo durante 15 años, la amiga a la que tantas veces en jarana decía que cuando enfermara quería que estuviera con él, tuvo que tomar, acaso, la más difícil de las decisiones.

“Me tocó hacerle todos los procedimientos —comenta— y fue extremadamente difícil, porque uno lo hace todos los días a todos los pacientes, pero él no era todo el mundo, era como un familiar. Cuando me paré delante para intubarlo empezó a llorar y me dijo: ‘Si tienes que hacerlo, hazlo’”.

Y nunca antes, que sepan sus compañeros, se le había visto aquella gota rodándole por las mejillas. Cachán era la alegría, la buena cara pese a que 10 veces le pidieras esta pinza o aquel ventilador o más jeringuillas; el

amigo de todos; el hombre servicial, tanto que en más de una oportunidad cumplió misión internacionalista en Venezuela; el padre de dos hijos y el abuelo de tres nietos.

Dicen que gracias a su empeño en la sala no faltaba nada por más que estuviera fuera del alcance de sus manos. Se ocupaba de limpiar hasta el último de los equipos, aseguraba cada uno de los recursos para que la Terapia Intensiva funcionara como un reloj suizo.

“Con él se cayó una parte de Terapia Intensiva. Va a costar trabajo que la sala funcione como lo hacía. Era una institución de la enfermería intensiva”, afirma la doctora Mayelín.

Lo sabe también la licenciada en Enfermería Yohandra Caballero Jiménez, jefa de Enfermería de la sala de Terapia Intensiva: “Cachán era mi brazo derecho y mi izquierdo, mi todo. Todas las decisiones las consultaba con él, pues llevaba más de 30 años en la sala, se daba a respetar y tenía una previsión inigualable”.

Por eso aquel 11 de julio cuando el monitor anunciaba lo que ya había causado la bronconeumonía pos COVID-19 con distrés respiratorio severo, incluso a quienes lo asistían les costaba trabajo resignarse. (D. S. R.)



Foto: Cortesía de la familia